

A LA BUSQUEDA DEL SER (Primeros pasos del movimiento obrero en Vitoria)

Antonio Rivera Blanco

A finales del siglo XIX, diversos dirigentes socialistas llevaron a cabo un esfuerzo de organización de las primeras sociedades obreras vitorianas. Este esfuerzo tuvo que comenzar por cuestionar las prácticas tradicionales de consenso existentes, tratando con ello de alcanzar elementos de identificación entre los trabajadores, previos a su futura conformación como clase. En esa línea, el conflicto laboral jugó un papel de primer orden como elemento unificador de experiencias y como proyección de la necesidad y ventajas de la asociación obrera. Por otro lado, los socialistas desarrollaron diversas estrategias tendentes al aprovechamiento final de sus esfuerzos asociativos en favor de su política de partido. Fracasados todos los intentos, los socialistas vitorianos acabaron adelantándose a sus compañeros de otras provincias en su estrategia de unidad con otros grupos de la izquierda, en concreto, con los republicanos.

XIX. mende bukaeran, buruzagi sozialista batzu saiatu ziren Gasteizko lehen elkarte sozialistak antolatzen. Ahalegin honen bidez, ohizko kontsentsu praktikak kuestionatzen hasi ziren, lehen urrats gisa. Honenbestez, langileen arteko oinarritzko identifikazio elementuak lortu nahi zituzten, klase ezaugarriak aurrerantzean sendotuko baziren. Halatan, lan gatazkak guztizko paper garrantzitsua bete zuen, esperientzia guztiak batzen zituen neurman langile elkartearen behar eta abantailak plazaratzen bait zituen. Honez gainera, sozialistek beste estrategia berezi batzuk eraman zituzten aurrera, elkartearen aldeko ahalegin haiek beren alderdian zehaztu zitezten. Saio guztietan porrot egin ondoan, sozialista gasteiztarrek aurrea hartu zieten beste lekuetako alderdikideei, batasun estrategia bat bultzatu bait zuten gainerako ezker taldeekin, errepublikarekin bereziki.

In the late years of the XIX century, several socialist leaders attempted to organize the first Vitorian working-societies. The goal of this attempt was to achieve elements of identification among the workers prior to their eventual conformation as class; for this it was necessary to question the already existing traditional practices of consensus. In accordance with this, the labour conflict played an important role as an unifying element of experiences and as a conveyer of the necessity and advantages of working-class association. On the other hand, socialists developed different strategies to take advantage of the associative efforts in favor of their own party's policy. Having failed in their enterprise, the vitorian socialists came to be ahead of their fellow counterparts in other provinces when, for unity's sake, allied with other leftist groups, concretely with the republicans.

En los dos últimos decenios del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX, se vivió en la capital alavesa un período de relativa actividad manufacturera y fabril que hizo que, por un tiempo, se albergara entre sus habitantes la esperanza de llegar a ser una ciudad con industria, y que de ahí en adelante se empezara a hablar de la llamada «cuestión social». Estos lentos e inseguros pasos, que tuvieron su expresión tangible en la creación de talleres y en la progresiva modernización de instalaciones, no consiguieron a la larga transformar la realidad productiva de la ciudad, aunque sí posiblemente el que el colectivo de trabajadores (utilizando ahora este término en un sentido laxo) comenzara a cobrar cierta importancia y protagonismo. De este modo, podemos hablar de Vitoria en aquellos momentos como de una ciudad protoindustrial y escasamente modernizada, dedicada tradicionalmente a una función comercial, administrativa y de servicios, y a ser centro de una serie de pequeños y medianos talleres que destinaban su producción a la demanda de elaborados vinculados a la actividad agropecuaria mayoritaria de los alrededores. En ese marco, el colectivo de trabajadores, en lento crecimiento, mostraba unas características y expresiones más cercanas a las del artesano tradicional que a las del obrero de la industria. Pero, aun así, la aparición de trabajadores no cualificados, sin oficio, procedentes de la emigración de zonas cercanas y ajenos a las pautas de conducta tradicionales en la ciudad, contribuyó a que se produjeran ciertos cambios: el importante incremento numérico del colectivo obrero; la mayor atención prestada y el mayor protagonismo desarrollado por parte de ese colectivo en el seno de la ciudad; la introducción de discursos asociativos y reivindicativos entre los trabajadores; la paulatina toma de conciencia sindical y política de éstos; y la aparición de los primeros conflictos de carácter laboral. En los primeros años de la presente centuria, Vitoria aparecía como una típica «ciudad del interior», como una «ciudad de provincias», y, lógicamente, presentaba un tipo de trabajador no conflictivo, que comenzaba a vivir sus primeras experiencias asociativas y reivindicativas, y que, consciente o inconscientemente, estaba en el difícil tránsito de ser un colectivo amorfo a ser una clase con una cierta y precisa conformación.

La formación de la identidad colectiva

A principios del siglo XX, el contingente de trabajadores empleados en Vitoria en los diferentes talleres o fábricas superaba ligeramente la cifra de los dos mil quinientos, lo que venía a suponer sólo el 8,5% sobre el total de la población. Esta presencia minoritaria dificultaba su incidencia en la vida de la ciudad. La tarea de formación de una identidad colectiva como clase constituiría un auténtico problema, anterior al de su propia formación como tal clase, y paralelo a la aparición de una minoría de obreros articulada en organizaciones propias y reivindicativas.

La afirmación de la identidad colectiva de la clase obrera fue en Vitoria un proceso muy lento, que se desarrollaría a través de lo que se ha llamado la paradoja de la identidad, es decir, a través de la búsqueda al mismo tiempo de la identificación con los otros, y de la dife-

renciación de los otros (1). Ello exigió, por un lado, el reconocimiento externo como forma de legitimación social necesaria para afirmar la propia identidad, lo que comportó la aceptación de las normas y disciplinas del sistema de producción capitalista, y por otro, la consistencia interna, es decir, la capacidad para luchar por modificar esas normas y ese sistema.

Lo primero —el reconocimiento externo y el consiguiente paso hacia la legitimación social— tuvo una importancia central en nuestro caso, habida cuenta de las características de la ciudad y del escaso peso que tenían dentro de ella los trabajadores. Veamos dos ejemplos de ese proceso en los que se manifiesta la búsqueda de la legitimación y la consiguiente asunción de la «lógica capitalista». El primero tiene por protagonista a uno de los primeros dirigentes obreros y fundador, junto con otros, del socialismo local, el ebanista Luis Perujo. Un colaborador anónimo, que firmaba como «artesano», recordaba en un artículo titulado «En el 89», y aparecido en *Alava Republicana* (2) en 1930, lo siguiente:

«Era en los obreros muy corriente el retrasarse unos 10, y a veces 15 minutos al entrar al taller, cosa no extraña ya que iba a permanecer en él muchas horas. Luis Perujo, en cuanto daba la hora, se adelantaba y entraba el primero. Un día alguien le preguntó: ¿cómo es que dedicando toda tu actividad en atacar a los patronos en el mitin, con la valentía que lo haces, entras al taller en cuanto oyes la campana, y trabajas muy a conciencia? A lo que contestó: Aunque nada he firmado con el patrono, tengo con él un contrato moral. El me paga tanto jornal, a cambio de tantas horas de trabajo. Hoy por hoy para mí ésa es la ley y debo cumplirla. Ahora bien, fuera de eso, trabajaré toda mi vida, atacando al patrono con nuestros medios, propaganda, organización, huelga y toda clase de medios legales para imponer otra ley que nos redima, pero mientras tanto hay que cumplir lo que esté dispuesto, como debe cumplirlo también las autoridades, pues todos tenemos nuestros deberes y obligaciones».

El segundo, ya en los años de la Segunda República, fue protagonizado por un obrero anarquista: en la fábrica metalúrgica de Aranzábal, se llegó a la huelga en solidaridad con este trabajador, despedido por negarse a elaborar una pieza procedente de Sierras Alavesas, factoría que mantenía una huelga prolongada y a cuya labor había declarado el boicot el Sindicato Unico de la CNT.

En el primero de los casos, la búsqueda de la legitimación social se manifestó en la aceptación por parte del trabajador de las normas temporales capitalistas impuestas por la empresa, que exigían la presencia en la fábrica durante un cierto número de horas, la necesidad de disciplinar este tiempo, el control de los horarios de entrada y de salida, así como normas para la realización del trabajo. Sólo aceptando todo ello podía el trabajador —Perujo— legitimarse ante el conjunto social y ante su clase, para a partir de ahí adquirir la autoridad moral necesaria para intervenir en cuestiones laborales. En el segundo ejemplo, el trabajador aceptaba la obligatoriedad de realizar una tarea, y de hacerla bien, pero la decisión de llevar a cabo un boicotaje nacía de la conciencia de lo que era justo e injusto, de lo que era legítimo o no: el obrero se negó a realizar esa labor porque las normas habían sido rotas por la otra parte. Así, en ambos casos, el trabajador aceptaba la disciplina del trabajo en la empresa, pero al tiempo expresaba su oposición en lo político y su oposición colectiva al modelo capitalista. De ese modo, a la vez que se oponía, se implicaba, conscientemente, en su sostenimiento. El reconocimiento externo, la legitimidad de su actuación, el hecho de cumplir como productor, era el paso previo a su capacitación como opositor político, y en ese sentido, se asumía sin grandes dificultades lo contradictorio de tener que empezar sosteniendo aquello que inmediatamente se pasaba a impugnar.

(1) Estos conceptos están tomados del trabajo de VITTORIO CAPECCHI y ADELE PESCE, «Si la diversidad es un valor», en *Debats*, nº10, diciembre 1984, pp. 29-41.

(2) *Alava Republicana*, 18 de octubre de 1930.

La diferenciación de los otros culminaba con el desarrollo de una pautas y formas de comportamiento distintas a las del conjunto social, en el establecimiento de unas formas de clase, de una cultura obrera, en definitiva. Esto fue muy difícil en colectivos obreros reducidos, incluso aunque estuviesen segregados del resto de la sociedad. El proceso de diferenciación se inició, en principio, a través de manifestaciones externas. Así, los pocos y primeros socialistas vitorianos de finales del siglo XIX decidieron en una reunión dejarse «la mosca» (3), apéndice capilar a modo de coleta con la que se reconocían entre sí y, sobre todo, con la que reafirmaban ante el conjunto social. De la misma forma, con motivo de las primeras demostraciones del Primero de Mayo, los obreros asociados se paseaban con botones rojos en las solapas de sus chaquetas, y en sus mitines, y ante la presión patronal contra la asociación obrera, los oradores instaban a los trabajadores a manifestar, precisamente, su condición de asociados, para romper de ese modo el temor colectivo a la persecución.

En cualquier caso, se trataba, todavía, de una escala muy primaria, en la que la identificación como clase no pasaba del nivel de lo simbólico. Para los dirigentes obreros estaba claro que era el proceso de asociación obrera lo que daría lugar a la conformación como clase, en la medida en que la capacidad de defensa ante los patronos tuviera operatividad y eficacia. Es la tesis de E.P. Thompson sobre la aparición de la identidad de clase como un proceso. La clase —en sus palabras— sería una categoría histórica, no estática. La identidad de clase sería, por ello, memoria de cambio: «un cambio en el que hay dos aspectos: uno en el que la identidad está formada por acciones sufridas (la violencia del proceso de fijación del proletariado); otro en el que la identidad está formada por acciones realizadas (las luchas y batallas sufridas, las oposiciones activas del movimiento obrero)» (4). Es aquí donde entraba en juego la capacidad de la organización obrera para fijar y determinar la valoración del sistema productivo, cara al propio mantenimiento de la memoria, y cara a la formación y preparación de las experiencias a partir de los conflictos suscitados desde la organización.

El proceso de fijación: la necesaria disciplina

Uno de los primeros problemas que se planteó en el establecimiento de un régimen de fábrica fue el de la necesaria disciplina a que habían de someterse los trabajadores. La dificultad de pasar de una consideración laxa y relajada del tiempo, típica de sociedades y actividades artesanales y agropecuarias, a otra rígida y rigurosa, característica de la industria moderna, puso en primer plano la cuestión de la puntualidad a la hora de entrar al trabajo. La asunción por parte del trabajador de una disciplina del tiempo, tal y como propugnaba Perujo, era lo excepcional. Lo normal era que ésta se impusiera a través de una fórmula de imposición externa como era la multa. En 1907, con motivo de la huelga de las saqueras vitorianas, la patronal del sector propuso la fórmula siguiente: «El retraso de 5 minutos en las horas señaladas de entrada, quitará el derecho a trabajar ese día, y 3 faltas injustificadas en una quincena serán motivo de despido. La obrera que abandone el trabajo sin justificarlo será multada con 10 a 20 cts. cada vez, y a la tercera en una quincena, el despido». Por su parte, las obreras demandaron la ampliación a diez minutos de la licencia para llegar tarde, y el que sólo se perdiera un cuarto de día y no se pudiera ser despedida, en los casos de retraso en la entrada al trabajo.

Un estudio de la persistencia en el tiempo de esta práctica nos daría la respuesta precisa del momento en que la mayoría de la población obrera estaba ya disciplinada. La desapa-

(3) TOMAS ALFARO, Una *ciudad* desencantada (Vitoria y el Mundo que la circunda en el siglo XX), Diputación Foral de Alava, Vitoria 1987, pg. 88.

(4) ELLEN MEIKSINS, «El concepto de clase en E.P. Thompson», en *Zona Abierta*, nº32, julio-setiembre 1984, pp. 53-54 y 72.

rición de las multas indicaría que se había alcanzado ese objetivo por parte de los empleadores. Lo cierto es que en las reivindicaciones de los trabajadores varones no aparecía referencia alguna al problema de las multas por impuntualidad, y sí que se mantuvo hasta, por lo menos, los años veinte, en el caso de las mujeres trabajadoras. Esto indicaría una mayor dificultad de adaptación a la disciplina por parte de éstas, a la que no sería ajena su condición paralela de organizadoras y encargadas de las tareas domésticas.

Los primeros pasos de la asociación obrera: un discurso obrerista

Las primeras actividades tendentes a construir la organización obrera en Vitoria fueron desarrolladas a finales del siglo XIX por los socialistas. Dirigentes de primera fila, como Pablo Iglesias o García Quejido, o militantes procedentes de diversas zonas del País Vasco (Villanueva, Perujo), mitinearon y actuaron en la ciudad hasta conseguir un primer núcleo de activistas. Esta anticipación permitió a los socialistas adquirir un gran ascendiente entre los trabajadores vitorianos, consolidando una situación hegemónica entre el proletariado local hasta después de la primera guerra mundial. Esta situación se justificaba por dos motivos: el primero, por lo que Calero llamó «la oportunidad de acceso al mercado revolucionario» (5); el segundo, por la capacidad de los socialistas para, en principio, emitir un discurso articulador de las necesidades asociativas obreras y, a continuación, para adecuar ese discurso a la realidad particular de la sociedad vitoriana y de su elemento obrero.

Sin embargo, los socialistas tropezaron a su llegada al «mercado revolucionario» vitoriano con dos problemas. De partida, el menor, fue la necesidad de tomar en consideración a las asociaciones obreras ya existentes en la ciudad. Problema menor, como decimos, toda vez que éstas, aún contando con numerosos miembros, eran en su totalidad de carácter mutualista, y poca competencia podían hacer a quienes llegaban con la buena nueva de la asociación obrera con intenciones reivindicativas. De hecho, a pesar de las primeras interferencias con motivo de las elecciones para vocales obreros de la Junta Local de Reformas Sociales, las sociedades mutualistas siguieron existiendo sin conflictos al margen del moderno sindicalismo.

Más importante fue el segundo problema al que debieron hacer frente los socialistas. Los trabajadores y artesanos vitorianos simpatizaban mayoritariamente con los dos partidos de base popular que actuaban en la ciudad. Efectivamente, muchos trabajadores votaban al carlismo y se vinculaban a las diversas entidades católicas cuya actividad, si bien no era en absoluto la de la defensa obrera, sí que proyectaba un discurso ideológico de gran penetración y de contenidos contradictorios con los que propugnaban tanto el socialismo como el sindicalismo reivindicativo. A pesar de eso, durante un tiempo, como veremos, muchos obreros católicos no tuvieron inconveniente en pertenecer a la vez a sociedades de ese carácter y a organismos sindicales dirigidos por los socialistas.

Además de los obreros simpatizantes con el carlismo, estaban los que se expresaban políticamente en favor del republicanismo. Este partido tenía muy desarrolladas en Vitoria sus bases obreras, hasta tal punto que, durante años, el obrerismo republicano fue el auténtico sostén de esta opción. La Agrupación Obrera Republicana, creada en 1903, y los concejales obreros de este signo, fueron la expresión de las simpatías que un artesanado autóctono manifestaba por el republicanismo. Estos obreros mantuvieron también en un principio una doble afiliación a su entidad política y a los sindicatos, llegando incluso a ocupar puestos dirigentes en las diferentes sociedades gremiales. Sin embargo, a diferencia de los obreros

(5) ANTONIO MARIA CALERO, *Historia del Movimiento Obrero en Granada (1909-1923)* Tecnos, Madrid 1973, pg. 294.

carlistas, cuyo discurso no colisionaba con el socialista, el de los republicanos, situado también en la izquierda política, sí que constituía una seria competencia para quienes veían en el sindicalismo un primer paso para una posterior identificación con el Partido Socialista.

A la vista de esta situación, los socialistas desarrollaron a partir de finales del siglo XIX un discurso en una doble dirección. Por un lado, era necesario construir la asociación obrera en un medio poco propicio, poco conflictivo, y nada trabajado por discursos de clase. Acudir a los trabajadores con un discurso demasiado depurado, en sentido socialista, alejaría inmediatamente a éstos de los sindicatos obreros. Se impuso, por tanto, una estrategia de neutralidad, y los socialistas insistieron en un mensaje que hacía ver la necesidad de la organización defensiva obrera al margen de las convicciones políticas o religiosas de cada persona. Esta neutralidad ideológica formó parte de los Reglamentos de las sociedades obreras incluso hasta después de que se hubieran producido los correspondientes decantamientos partidistas de los diversos sindicatos de trabajadores. Por otro lado, el discurso de los socialistas trató de servir de revulsivo frente a una realidad de consenso social entre trabajadores y empleadores, característica de la sociedad vitoriana. La instalación de diversas industrias modernas a principios del siglo XX hizo que llegaran a la ciudad colectivos obreros habituados al discurso reivindicativo. Además, los socialistas se dedicaron a poner de manifiesto y denunciar las contradicciones que en cuanto a salario y condiciones de trabajo enfrentaban a las diversas clases de la sociedad. Los pequeños conflictos sociales surgidos o provocados en esos momentos en Vitoria fueron utilizados como exponente de esas contradicciones, y sirvieron para estimular el proceso de asociación obrera. Además, la mayoría de los conflictos de estos años, casi todos saldados con derrota obrera, tuvieron por motivo la oposición patronal al derecho de asociación, lo que indirectamente contribuyó a propagarla. Conflicto y asociación obrera siguieron a partir de entonces caminos parejos, coincidiendo tanto en sus fases ascendentes como en las descendentes. En una sociedad de tamaño reducido, como la vitoriana, el conflicto controlado y proyectado en términos positivos (ahí interviene una fraseología conformada por términos como dignidad obrera, virilidad, resistencia, victoria, derrota digna, etcétera) era la mejor propaganda para la asociación. Lógicamente, la instrumentación del conflicto servía para apelar a la solidaridad y para demostrar con victorias, o con derrotas interpretadas adecuadamente, la necesidad de la asociación. Además, esta acentuación lógica o forzada de las contradicciones sociales se acompañaba de un discurso muy agresivo para con la llamada burguesía (que en Vitoria era ahora más una creación necesaria por parte de los diseñadores del discurso clasista que una realidad operativa), así como de una formulación muy tosca y dicotómica que pudiera ser comprendida con más facilidad por parte de los trabajadores.

Una política excluyente: los efectos de la huelga general de 1905

Hasta 1905, los socialistas se dedicaron a construir la organización obrera, con un notable éxito si se tiene en cuenta que en 1904 se habían conformado diez sociedades gremiales que agrupaban a 471 trabajadores, el 17% del total de obreros de la ciudad. Estas cifras de afiliación no se superaron hasta 1910. En estas sociedades gremiales convivían sin tensiones todo tipo de propuestas ideológicas: católicas, socialistas, republicanas, societarias neutras, y anarquistas. Esta realidad asociativa hizo que en el primer lustro del siglo cobrara cierta importancia la conflictividad social en Vitoria, si bien, en ningún momento las alteraciones sociales constituyeron un problema de primer orden. Los socialistas controlaban la mayoría de las sociedades gremiales, apoyados en un discurso antiburgués tosco y radical que, sin embargo, convivía con una práctica pragmática y con una búsqueda permanente del reconocimiento social.

Conseguidas unas bases sindicales y asegurada su permanencia, los socialistas pasaron rápidamente a forzar la vinculación de esa realidad sindical con el discurso específico de partido. Ese intento tuvo dos direcciones, paralelas en el tiempo. En principio, los socialistas trataron de federar las entidades gremiales en un organismo sindical de carácter nacional y de obediencia socialista: la UGT. Ello suponía un relativo decantamiento ideológico, no excesivo si se tiene en cuenta que la UGT era la única entidad de este carácter existente en España en aquel momento. A pesar de eso, los socialistas vieron frustrados sus intentos y, en 1904, sólo 234 trabajadores integrados en siete sociedades vitorianas habían cumplimentado su adhesión a la UGT. Un año después alcanzaron su máxima cota, con 357 afiliados y ocho sociedades, pero seguía siendo una cifra reducida si se tiene en cuenta que no había otros competidores, y si se considera que, aún con todo, algunas de esas sociedades estaban dominadas por republicanos o incluso por católicos de simpatías carlistas. Los socialistas no eran capaces de canalizar en su favor el esfuerzo inicial que habían desarrollado.

Más importante fue su fracaso en el terreno político. La Agrupación Socialista vitoriana, creada en 1897 y refundada en 1902, contó tradicionalmente con una escasa afiliación, aunque cualitativamente importante toda vez que sus socios dominaban la mayoría de las sociedades gremiales. Estimulados por sus éxitos en el terreno sindical, y al amparo de los acuerdos generales del Partido que tendían a un desmarque con respecto a los republicanos y a la presentación en solitario a las elecciones, los socialistas vitorianos se dedicaron a emitir un discurso más político, depurado, ideológico y preciso. Con ello trataban de mostrar a los trabajadores las diferencias finalistas entre ellos y los republicanos, denunciando a éstos por su «carácter burgués» y tratando de atraerse hacia la Agrupación del partido las simpatías obreras y la disposición militante de los afiliados sindicales más valiosos. Así, lo que en el terreno societario era discurso neutro, obrerista y maniqueo, en el político era exclusivismo, ideologización y reforzamiento de las diferencias.

Esta beligerancia se trasladó al terreno electoral con ocasión de las elecciones municipales de noviembre de 1903, primera presentación —y una de las últimas— de los socialistas en solitario. El intento de trasladar las simpatías societarias al terreno político fue un fracaso. Los socialistas, aún presentando a su máximo dirigente local (y máximo dirigente de las sociedades gremiales), Jorge Fernández, no lograron convertir en votos ni el veinte por ciento de las afiliaciones que en ese momento tenía la UGT. Por el contrario, sus rivales republicanos, presentando candidatos obreros en los distritos populares, se hicieron con ocho de las catorce actas de concejales en disputa. La experiencia, válida también para el futuro (incluido el período republicano), constataba que los trabajadores podían asumir la hegemonía socialista en sus sociedades de resistencia, pero que políticamente seguían manifestándose republicanos, o incluso carlistas. Los socialistas, hasta llegar a la guerra civil, sólo pudieron aspirar a actas de concejal por Vitoria yendo en coalición con los republicanos. La realidad política venía a ser coincidente con la realidad social: en Vitoria no se había desarrollado una cultura obrera, y como mucho se podía hablar de una cultura urbana, refiriéndonos a una parte del obrerismo local entre el que prosperaba un discurso modernizador y democrático. En esa realidad, era difícil que prosperara un discurso clasista. De hecho, el desarrollo de unas formas de comportamiento distintas por parte de los trabajadores, base de la diferenciación de los otros, se produjo, pero nunca, ni siquiera en el futuro, hasta el extremo de llegar a conformar una cultura obrera extendida, como pudo ocurrir en otros lugares.

El fracaso político no sirvió para que los socialistas rectificaran su estrategia. Todo lo contrario: trasladaron su confrontación con los republicanos al terreno societario. Así, trataron de identificar cada vez más a las sociedades gremiales con la UGT y con su política. Esto quedó claro con motivo de la primera huelga general nacional del 20 de julio de 1905, justifi-

cada por el encarecimiento de las subsistencias. En un primer momento, socialistas, republicanos y societarios desarrollaron diversos actos de protesta contra esta situación. Sin embargo, los sectores socialistas, y la propia UGT a nivel de todo el país, trataron de utilizar políticamente la movilización obrera para desacreditar a los republicanos. La huelga nacional de julio cobró de este modo una connotación particularista, y su éxito o fracaso dependió sólo de la voluntad de los socialistas, puesto que para entonces los republicanos habían abandonado la política de unidad tras denunciar el exclusivismo de aquéllos. En Vitoria, al igual que en el resto de España, la huelga fue un tremendo fracaso, que volvió a demostrar la debilidad socialista, sobre todo en las ciudades, cuando se trataba de desplazar a los republicanos.

Las consecuencias de ese fracaso no afectaron sólo a los socialistas. Después de 1905, el asociacionismo obrero pasó por un período de fuerte crisis, sólo superada a partir de finales de 1909. Vitoria no fue ajena a esa crisis: durante esos años, las sociedades redujeron sus efectivos en un sesenta por ciento, y la UGT se quedó en la capital alavesa con sólo dos sociedades y menos de cincuenta asociados. Por supuesto, la crítica coyuntura económica y el incremento del paro fueron también en nuestro escenario justificaciones suficientes de esa crisis.

Pero además, la fracasada huelga de 1905 sirvió para que determinados sectores obreros y de la sociedad vitoriana cuestionaran radicalmente la neutralidad que debía presidir las entidades gremiales. Al forzar los socialistas una identificación del societarismo con su particular discurso y estrategias, provocaron la salida de las sociedades de resistencia de los sectores obreros entre los que más fácilmente podía prosperar una crítica a la evidentemente falsa neutralidad del sindicalismo reivindicativo. De esta manera, los obreros vinculados de manera activa al catolicismo abandonaron las sociedades, y con el estímulo y ayuda de dirigentes eclesiásticos y de determinados empresarios locales, ya seriamente preocupados por el incremento de la conflictividad social y por la posibilidad de perder el control que ejercían sobre parte de la masa obrera, pasaron a formar, sólo un mes después de la fracasada huelga de julio, el Centro de Obreros Católicos de Vitoria. Este Centro no intervino de una manera sindical, sino que más bien se dedicó a prolongar, actualizando, la labor de las viejas entidades mutualistas y de las sociedades de control ideológico católico. Sin embargo, a pesar de ello, en 1909, sus efectivos sirvieron para crear los primeros sindicatos católicos «puros», que siete años después conseguirían definitivamente transformarse y quitarse de encima la justa etiqueta de «amarillos» que les había caracterizado hasta entonces. Mientras tanto, la confrontación entre socialistas y republicanos continuó hasta 1907, lo que contribuyó a acentuar la grave crisis vivida en el societarismo local.

Reformulación táctica socialista e instrumentación del conflicto laboral

Esta confrontación entre republicanos y socialistas encontró su final en noviembre de 1909 con la firma del pacto conjuncionista entre estos dos grupos políticos. Sin embargo, dos años antes se produjo ya un acercamiento en Vitoria, debido por un lado al cambio táctico de los socialistas, asumida la evidencia de que, sin los republicanos, su ascendente social y político en la ciudad seguiría siendo casi nulo, y por otro, a la coyuntura de las elecciones a Cortes de 1907 que de manera imprevista sirvieron para revitalizar una política local caracterizada por la atonía en los últimos cuatro años. En esas elecciones, los socialistas vitorianos trabajaron en favor del candidato republicano. Además, otras actuaciones confirmaron este cambio de política. El discurso socialista fue matizándose, de manera que la dicotomía burguesía-proletariado pasó a ser sustituida por otra de sentido reacción-progresismo, que, sin duda, facilitaba futuros cambios estratégicos de mayor alcance (vg. la estrategia conjuncionista). En paralelo a esto, tanto los socialistas como las pocas sociedades obreras que con-

trolaban, hicieron un esfuerzo de legitimación a través de un acercamiento a fuerzas y personalidades no estrictamente obreras (y ni siquiera izquierdistas, simplemente liberales), con las que desarrollaron actuaciones conjuntas, y con las que compartieron tribuna en diversos mítines y conferencias.

En este cambio de política jugó un papel destacado una huelga protagonizada por treinta y ocho saqueras de la fábrica de El Carmelo, en abril de 1907. La huelga, originada por una disputa de carácter salarial, fue instrumentada por socialistas y republicanos como un intento de superación de la inactividad societaria característica de los dos años anteriores. La movilización social y el esfuerzo solidario realizado constituyen el exponente más claro de la importancia atribuida a la huelga, con la que se pretendía una vez más presentar una victoria y un ejemplo ante los trabajadores, desencantados por la crisis y por las pugnas internas en el seno del societarismo. El conflicto social volvía a servir como símbolo de la actuación obrera, como revulsivo social, y como acicate a la asociación sindical y al reinicio de la movilización de los trabajadores. En definitiva, el conflicto se convertía en un instrumento tendente a la identificación, en tanto que permitía la generalización y uniformización de las experiencias, ya fueran éstas directamente sufridas, ya fueran relatadas o conocidas por la percepción directa de manifestaciones de protesta, enfrentamientos, u otro tipo de expresiones. A pesar de todo, y a pesar incluso de que la huelga terminara con victoria obrera, los trabajadores vitorianos no regresaron a sus sociedades hasta 1909, coincidiendo una vez más los ciclos de la historia obrera local con los desarrollados en el resto del país.

En 1910, las sociedades obreras locales volvieron a pasar por un corto período de brillantez. Sus efectivos no serían superados hasta los años de la fuerte conflictividad social de 1919-1922. Pero a pesar de que la historia obrera vitoriana siguió caracterizándose para el futuro por la sucesión de unos períodos álgidos y convulsivos y de otros de apatía y casi desaparición de la actividad societaria, los trabajadores habían conseguido para 1910 —puede que incluso antes— ser considerados y tenidos en cuenta por parte del resto de la sociedad vitoriana. El fenómeno de asociación obrera había servido para que éstos constituyeran una realidad indiscutible para todo el conjunto social. Los obreros eran desde entonces un colectivo social al que debían dirigirse específicamente los discursos de los políticos para reclamar su voto, un colectivo que ocupaba espacios continuos en la prensa local, un colectivo, en definitiva, legitimado socialmente como tal, incluso al margen de las características concretas de la actuación de sus agrupaciones. Por el contrario, el fenómeno de asociación política había servido de muy poco o de nada en esta conformación como grupo. Por su parte, los pocos conflictos laborales habidos habían sido instrumentados para proyectar las experiencias particulares del grupo afectado por el mismo, a todo el colectivo obrero, siendo utilizados de esta manera como la mejor propaganda para la asociación, e indirectamente, como un útil eficaz para la identificación entre los trabajadores y para su inmediata constitución como clase. De hecho, el conflicto fue habitualmente más una consecuencia de la realidad asociativa que al contrario.